

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

El caballero prosiguió su ruta entregado á ideas enteramente ajenas que la presencia de Petrarca debía despertar en él.

Hacia tiempo que habia dejado detrás de sí el valle; el sendero se iba haciendo gradualmente tan angosto, que no tardó en confundirse con un bosque, en el cual penetraban los rayos del sol caprichosamente al través de las ramas de los árboles estrechamente enlazadas. Pasado el bosque se entraba en una llanura, á cuyo remate se veia una escarpada eminencia coronada por las ruinas de un antiguo castillo. El viajero echó pié á tierra, condujo al caballo por la brida hasta el arruinado edificio, y lo abandonó en una de las piezas sin techumbre cubierta de espesa y crecida yerba. Subió entonces por una escalera estrecha y rota, y llegó á un aposento pequeño, algo mejor conservado que el resto, y cuyo techo al menos permanecía intacto.

Echado en tierra, envuelto en su capa y apoyada la cabeza en una de sus manos en actitud melancólica, se veia allí á un hombre de alta estatura y de mediana edad. Apenas hubo divisado al caballero, se levantó con prontitud.

—¡Hola, Breton! Bien venido; cada minuto se me ha hecho un siglo. ¿Qué noticias?

—Albornoz consiente.

—Gracias á Dios; esas palabras me vuelven á la vida, y hoy almorzaré con apetito. ¿Sabes que estoy muerto de hambre?

Breton sacó de debajo de la capa un frasco de vino de razonable tamaño y un saquillo provisto de fiambres. El habitante de las ruinas se arrojó sobre los manjares con un ardor indecible, y los dos soldados, pues tal era su profesion, hicieron sentados en el suelo los honores á una comida sazónada por su buen apetito, y por una conversacion familiar entre bocado y bocado.

—¿Qué es eso! Me haces traicion, Breton mio, porque llevas ya engullida mas que la mitad de la pitanza. Acércame ese bocado. ¿Con que es decir que el cardenal acepta nuestras condiciones? ¿Qué especie de hombre es? Todos le tienen por un político consumado.

—Es astuto, juzga al galope, tiene miradas de fuego, habla poco, y siempre camina derecho á su objeto.

—Lástima es que pertenezca á la Iglesia, porque de ese modo se pierden todas sus buenas prendas de aventurero. ¿Has oido algo acerca de las fuerzas de que pueden disponer? Vamos, no te des tanta prisa á consumir el vino.

—Sus fuerzas son escasas al presente.

—¿Espera refuerzos?

—Cuenta con los reclutas que se le unirán en Italia.

—¿Y qué proyectos tiene sobre Roma? Esta es la parte esencial de la oracion; este es mi objeto, hermano mio. En cuanto á esas ciudades de segundo orden y á los tiranuelos que reinan en ellas, poco me importa su suerte futura; pero el Papa no debe volver á Roma, porque Roma debe ser mia, porque Roma debe convertirse en capital de un nuevo imperio, en la presa de un nuevo Atila. Todas las circunstancias se combinan en mi favor: la ausencia del Papa, la debilidad de la clase media, la pobreza del populacho, la imbecil y feroz barbarie de los nobles, todo concurre á hacer de esta ciudad la mas fácil y gloriosa conquista.

—Quiera Dios, hermano mio, que esa ambicion no acarree tu pérdida. Tus ojos se han empeñado en fijarse en el sol, y yo creo mas bien que con las inmensas riquezas que poseemos, podríamos....

—Dejar el oficio precario de *condottieri*, hoy generales de un ejército, y mañana solitarios aventureros? ¿con que has olvidado que la espada de un normando ganó la Sicilia del mismo modo que Guillermo el bastardo cambió su baston por un cetro en el campamento de Hastings? Créeme, Breton, esta corrompida Italia tiene coronas para el primero que sepa levantarlas del suelo con la punta de su lanza. He tomado mi partido: formaré el mejor ejército de Italia y con él fundaré un trono en el capitolio. Hace seis años cometi la mas insigne locura, porque si en vez de enviar al extravagante Minorbino hubiera abandonado yo los estandartes húngaros y aparecido en Roma con toda la gran compañía, á la caída de Rienzi se hubiera seguido la elevacion de Montreal. Pepino se ha dejado engañar, pues ha soltado la presa despues de tenerla entre las garras.

—Gualtiero, has citado á Rienzi; sirvate de leccion su mala suerte.

—¡Rienzi! Demasiado le conozco: en tiempos bonamibles, ó teniendo á sus órdenes un pueblo mas virtuoso que el romano, hubiera tal vez fundado una poderosa dinastia, pero se dió á soñar leyes y libertad para unas gentes que desprecian las primeras y son incapaces de defender la segunda. Nosotros, los guerreros, hemos llegado por fin á comprender que un trono nuevo debe levantarse con arreglo al sistema feudal y no al civil, es decir, que nuestros

principios trasladan á los pueblos la gerarquía de los campamentos. Por medio de los gritos de las turbas llegó á alcanzar el poder el astuto tribuno, y los gritos de las turbas le derribaron de él: yo lo conseguiré por la espada, y con la espada sabré conservarlo.

—Rienzi se mostró demasiado cruel: hizo muy mal en irritar á los barones, dijo Breton preparandose á vaciar el frasco, operacion que previno la robusta mano de Montreal.

—¿Qué disparate! replicó este saboreando el último trago con un hondo suspiro; Rienzi no fué cruel; al contrario: trataba de aparecer justo negándose á establecer distinciones entre les nobles y los plebeyos. Sin embargo, la erró de medio á medio, porque debia haber esterminado los nobles desde la raíz hasta la última rama: esto es imposible que lo hiciera un italiano, pues está reservado á mi voluntad y á mi brazo.

—¿Y qué! ¿Pretendes degollar á los mas ilustres romanos?

—No haré tal cosa, pero me apoderaré de sus dominios para dotar otra nueva nobleza, la aguerrida nobleza del Norte, que sabrá guardar á su príncipe y querrá guardarlo como el fundamento de su propio poder. Basta ya de este asunto, Breton, ¡Ah! Dime, á propósito de Rienzi, ¿le dejan que se pudra en la torre?

—Esta mañana, antes de salir de Avignon, han llegado á mis oídos estrañas nuevas. Toda la ciudad estaba en movimiento y hervian los grupos en las calles: dícese que hoy comienza el proceso de Rienzi, y si se ha de juzgar por los nombres de los jueces elejidos, se sospecha que saldrá victorioso.

—¡Gran demonio! Eso es lo primero que debias haberme dicho.

—¿Por ventura desconcertará tus planes su reposicion?

—Hombre... no lo sé: el negocio en tal caso exigiria pensarse mejor y con mas destreza, y por Dios que quisiera saber lo que hay de cierto antes de ponerme en marcha.

—En verdad te digo, Gualtiero, que mejor te hubiera sido permanecer con tus soldados dejándome el encargo de este asunto.

—De ningun modo; eres un valiente y no te falta astucia, es verdad; pero para estas cosas mi cabeza vale mucho mas que la tuya. Por otra parte, hice voto de una peregrinacion á este valle encantado y á su antigua fortaleza. ¡Qué desgraciado soy! Pero esto es griego para ti, Breton, y así no lo tomes como cosa seria. En cuanto á mi seguridad, supuesto que hemos concluido un armisticio con Albornoz, poco debo yo temer aun cuando sea descubierto: tampoco olvidas que necesito florines, y que hay en el país ciertos hombres, los alemanes, que son capaces de almorzarse un ejército italiano, y á los cuales quisiera yo incluir en mi Gran Compañía; pero es el diablo que sus gefes, los muy bellacos, se empeñan en recibir ante todo moneda contante. ¿Cómo se entiende la paga del cardenal?

—La mitad al presente, y la otra mitad cuando las tropas se hallen delante de Rimini.

—Cosa hecha. ¡Rimini! Solo su recuerdo hace hervir la sangre en mis venas. ¿Te acuerdas del día en que el cordero Malatesta me arrojó de Aversa, puso en derrota mi gente y obligó á dejarle todo el botín? Allí quedó destruida la obra de muchos años, pues sin aquel suceso tremolaria hoy mi bandera en el castillo de Santo Angelo. ¡Ah! Yo te aseguro me pagará la deuda antes de la caída de la hoja.

Las hermosas facciones de Montreal habian tomado una espresion terrible al pronunciar las últimas palabras; sus manos apretaban convulsivamente la empuñadura de su espadon, y toda su alegría se convirtió en iracunda rabia. Estas señales manifestaban las feroces é implacables pasiones que unidas á una vida de rapiñas y de venganzas habian corrompido un carácter generalmente elemental como el de todos los caballeros provenzales, de cuya raza solo conservaba ya el valor.

Tal era el hombre temible, que formado por la edad y escitado por una ambicion calculada y perseverante rivalizaba con Rienzi para alcanzar la soberania de Roma.

(Continuará).



